EL CUENTO DE LOS ABUELOS PASTELEROS Y SU TARTA DE LA FELICIDAD

Desde que era pequeño, la Navidad siempre fue su época favorita. Deseaba con todas sus fuerzas que llegasen esos días mágicos para poder disfrutar cada segundo. Al contrario de lo que le ocurría a otros niños, a él no le gustaba la Navidad por los regalos. De hecho, era algo que le resultaba totalmente indiferente. Su madre, año tras año, tenía que obligarlo a sentarse a escribir la carta de Reyes Magos, puesto que nunca lo hacía si no lo obligaban.

En ocasiones, de hecho, su carta se resumía en pedir un único regalo: preparar la tarta con los abuelos para siempre.

Desde que tenía uso de conciencia, sus dos abuelos, Ramón y Gonzalo, iban a su casa el día de Navidad por la mañana temprano. Desayunaban churros con chocolate con su hija, Marta, y con él. Alargaban el desayuno, aprovechando que la Navidad les daba el regalo del tiempo y no tenían otras obligaciones. No había colegios, trabajos, ni responsabilidades.

Simplemente, había hueco para la familia y risas. Cada año, tras desayunar, sus abuelos, su madre y él se dirigían a la cocina y comenzaba la magia. Entre los cuatro, pasaban horas preparando la comida de Navidad con los platos que cada uno prefería. Cada año cambiaban, probaban cosas nuevas y se divertían inventando recetas. Pero había un plato que nunca podía faltar... Los abuelos Ramón y Gonzalo, cuando todos los platos estaban preparados, iniciaban el rito de realizar el más importante de todos ellos: la tarta. Tras mirarse brevemente a los ojos y darse un beso para celebrar por un instante la familia tan hermosa que habían creado, comenzaban a preparar los ingredientes: huevos, harina, chocolate, azúcar y otros productos se amontonaban en la cocina, mientras que Marta y el pequeño Javier seguían las instrucciones de los dos hombres a conciencia.

Tanto ella como él habían intentado hacer la tarta en numerosas ocasiones por su cuenta, pero el resultado nunca era el mismo. Javier, curioso, preguntaba cada año a sus abuelos

cuál era el toque que ellos le daban al postre para que tuviese aquel sabor tan especial.

—Le echamos un poquito de magia... —respondió en una ocasión el abuelo Gonzalo.

El niño, sorprendido, comenzó a pensar automáticamente que sus abuelos eran una suerte de poderosos hechiceros y que, hiciese lo que hiciese, jamás conseguiría imitar la tarta de Navidad que ellos preparaban.

Tras la suculenta comida, la familia al completo se juntaba alrededor de la chimenea para degustar la deliciosa tarta. En silencio, apreciaban cada mordisco y disfrutaban del regalo tan maravilloso que suponía poder compartir aquel momento de felicidad.

Durante años, Gonzalo, Ramón, Marta y Javier celebraron la Navidad de la misma manera...

Pero la vida, al igual que aquella tarta, era efímera y, ni aún siendo poderosos magos, perdonó a los dos abuelos. Primero fue Ramón, que los dejó con el corazón frío y dolorido. Gonzalo se encargó durante un par de años más de respetar la

tradición, pero el tiempo fue cruel una vez más y también se lo llevó.

Marta juró a su padre que seguirían celebrando la tradición año tras año, pero la tarta nunca volvió a saber igual. Quizá el chocolate no era el apropiado, o habían olvidado un paso de la receta, pero la magia de los abuelos se había esfumado y, con ella, el secreto de la Tarta de Navidad. Poco a poco, el sabor de la tarta les fue pareciendo más amargo: el dolor que les producían los recuerdos era tal que cada vez les resultaba más complejo seguir la tradición, hasta que llegó un momento en que Marta y Javier dejaron de hacerla.

La vida continuó, dando cada Navidad un mordisquito en el corazón de Javier y Marta, que con cada año que pasaba echaban más y más de menos a los dos abuelos.

Pero el tiempo, aunque es cruel e inexorable, también es generoso y mágico. Javier conoció a Elsa, y juntos formaron una nueva familia. La pequeña Isabel llegó a sus vidas, iluminando sus días y calentando sus corazones.

Cuando Isabel había cumplido la edad adecuada, la abuela Marta, cansada pero decidida, comprendió que había llegado el momento de continuar la tradición. Aquel año, tras convencer a duras penas a su hijo Javier, Marta consiguió que la familia completa volviese junta a la cocina. La pequeña Isabel llenaba de risas y carcajadas la casa, jugando a manchar con la harina la cara de su padre o disfrutando con su abuela mientras hacían figuras con el chocolate. Elsa, que durante años había intentado convencer a Javier de recuperar aquella preciosa tradición, miraba a su marido con un brillo especial en los ojos. Por su parte, Javier y Marta, aunque algo abatidos por los recuerdos, lograron disfrutar del proceso cómo hacían años atrás.

Cuando acabaron de comer, fueron juntos hacia la gran chimenea, dispuestos a probar por primera vez en años la Tarta de Navidad de los abuelos. Para sorpresa de ambos, la tarta volvía a tener aquel mágico sabor que ellos recordaban. Con cada mordisco, una lágrima caía de los rostros de Marta y Javier, que sentían que los abuelos habían vuelto a acompañarlos. Por

primera vez en años, Gonzalo y Ramón volvieron a estar presentes.

Aquella noche, tras despedirse de su hijo, su nuera y su nieta para marcharse a dormir, Marta rebuscó en su habitación hasta encontrar una pequeña cajita repleta de fotos que había pertenecido a sus padres. Emocionada, fue pasando una a una para observar con detenimiento a Gonzalo, Ramón y a otros miembros de la familia que ya no estaban juntos a ellos.

De pronto, entre las fotos descubrió un pequeño sobre de papel amarillento que llamó su atención. En el exterior, aparecían una pequeña frase manuscrita: "Para mi querida hija".

Marta, con el corazón en un puño, abrió el sobre temblando. En su interior, encontró una carta firmada por Gonzalo que jamás había visto:

"Mi querida hija, seguro que en estos momentos estás pensando que nunca has visto esta carta antes. No te sorprendas, supongo que es parte de la magia de la Navidad... Si estás leyendo estas líneas es porque nuestra hermosa familia ha

seguido creciendo y, con ella, el amor que tu padre y yo os profesamos. Te escribo estas líneas para recordarte que has de ser fuerte: disfruta cada momento de la vida junto a los nuestros, sin que importa nada más que la familia y el tiempo vivido. Asegúrate de que Javier y todos los que lleguen a nuestra familia no olviden que, pase lo que pase, la vida es para disfrutarla, gozarla, reírla y cantarla. Ese es el verdadero secreto para gozar de una vida plena como la que tu padre y yo hemos tenido.

Si esta carta ha llegado a tus manos, significa que has logrado que nuestra familia siga siendo feliz. Estoy orgulloso de ti, hija mía. Eres todo lo que siempre soñé. No cambies nunca y disfruta el paseo de la vida. Cuando llegues al final, asegúrate de mirar hacia atrás y pensar: ¡El viaje ha merecido la pena!

Siempre tuyo, tu padre que te adora.

P.D: Supongo que ya sabrás que el secreto de nuestra tarta es usar un ingrediente tan sencillo como poderoso: el amor a los tuyos. Cuando hagáis la tarta pensando en disfrutar el momento juntos, y no en que el resultado sea el esperado, lograréis que, con cada mordisco, la vida sea un poco más bella."

Cuando Marta acabó de leer la carta, sus ojos se deshacían en lágrimas. Pero no eran lágrimas de pena, eran lágrimas de la más absoluta y pura felicidad. Eran lágrimas por haber sentido por unos minutos a sus padres junto a ella. Eran lágrimas por haber comprendido la lección más importante que sus padres podían enseñarle: que la vida era lo que queramos hacer de ella.

Cuando a la mañana siguiente fue a enseñarle la carta a su hijo, descubrió con sorpresa que no había rastro de ella. Al bajar a desayunar, su nieta Isabel se lanzó a sus piernas para abrazarla con fuerza. Una vez estaban sentadas juntas para desayunar, la pequeña preguntó a la abuela:

—Abu, ¿qué le echasteis la Tarta de Navidad para estar tan rica?

Marta, divertida, se agachó junto a su nieta y le susurró al oído:

—Le echamos un poco de magia, pequeña...

La niña, sorprendida, sintió de pronto una gran admiración por su abuela. Al fin y al cabo, acaba de descubrir que su abuela era una poderosa hechicera capaz de hacer magia,

aunque todavía era pequeña para comprender que esa magia que su abuela utilizaba no era otra que un antiguo y ancestral poder que todos tenemos en nuestro interior: el poder de disfrutar de cada segundo del regalo de la vida.

EL CUENTO DE LA FAMILIA QUE SE ELIGE

J.F. ACROLL

Como cada año al llegar la Navidad, todos intentaban encontrar un hueco entre los distintos eventos familiares para cenar juntos. Eran amigos desde hacía años, pero la vida y el trabajo habían hecho que sus destinos estuviesen separados. Sus pasos les habían llevado a lugares tan distintos como Barcelona, Estados Unidos, Francia, Granada o Sevilla. Cada uno hacía su vida, pero era inevitable que el resto siguiese formando parte de ella, puesto que la distancia no la hacían los kilómetros, sino las personas, y ellos habían decidido no distanciarse jamás.

Como cada año, todos preparaban regalos para los demás. Las vidas les iban bien, poco a poco conseguían sus objetivos y podían permitirse regalarse aquello que siempre habían querido. Comenzaron a abrir sus regalos por turnos, agradeciendo con abrazos y besos al resto de amigos cuando alguno de los regalos era especialmente valioso.

Poco a poco, todos los amigos fueron entregando sus regalos, hasta que llegó el turnos de Jonás. Era, sin duda, el que más perdido estaba. Su sueño de ser escritor no estaba siendo fácil y, aunque poco a poco iba avanzando y labrando su camino, no tenía los medios que el resto de sus amigos tenía. Aquel había sido un año especialmente difícil. Los trabajos que le permitían seguir luchando por su sueño cada vez estaban peor pagados y sus ganas de luchar por conseguir lo que sus amigos ya habían logrado cada vez se disipaban más. Sabiendo que su situación no era fácil, sus amigos le habían hecho grandes regalos para apoyarle en su camino, deseosos de que el pobre Jonás lograse de una vez por todas hacer su sueño realidad y vivir de sus historias.

El muchacho se puso en pie, al igual que habían hecho previamente el resto, para ir repartiendo sus regalos. Todos estaban en cajas de diversos tamaños, que mantenía apoyadas sobre la mesa en la que un rato antes habían cenado. Temblando, el joven comenzó a hablar, con la voz rota:

—En primer lugar, quiero pediros perdón. Este año no está siendo fácil, así que mis regalos dan vergüenza al lado de los vuestros. Estoy fatal de pasta, así que he tenido que haceros regalos un poco cutres, espero que podáis perdonarme...

Sus amigos, consciente de que Jonás estaba avergonzado, trataron de relajar la situación haciendo bromas y quitándole importancia al asunto. Sin tener mucho éxito, volvieron a guardar silencio para permitir que su amigo repartiese sus regalos:

—El primer regalo es para ti, María —explicó mientras tendía una pequeña caja a la joven. Cuando la muchacha abrió la caja, encontró una pequeña bellota, frágil e indefensa, que parecía devolverle la mirada de incredulidad.

—Es una bellota... —explicó María al resto, que guardaron silencio.

—Sí, es una bellota del encinar en el que paseamos juntos la última vez que viniste... Esa tarde te conté que ya no podía más y que me iba a rendir, pero tú me dijiste que te sentías orgullosa de mí y que, costase lo que costase, tenía que seguir escribiendo.

La joven, emocionada, agarró con fuerza la bellota en su mano.

—Este es para ti, Chitín —dijo mientras tendía una mano con una caja alargada a su amigo—. Es una foto... Cuando fui a verte nos la hicimos... Salimos un poco mal, pero ese día me dijiste que dejase mi trabajo, que me estaba amargando la vida y que si lo que yo quería hacer con mi vida era escribir, tenía que centrarme en eso y luchar con todas mis fuerzas. Al día siguiente renuncié y me senté a escribir después de varios meses sin ser capaz de hacerlo.

Chitín observó la foto emocionado y se lanzó a abrazar a su amigo con ímpetu.

—Te toca a ti, Aurora —explicó Jonás mientras daba una cajita con una chocolatina a su amiga—. Cuando fui a París por trabajo y te conté que me habían rechazado en otra editorial, tú entraste en una tienda y me regalaste una chocolatina exactamente igual que esta. Fue una tontería, pero me ayudó a dejar de sentirme un fracasado —contó, mientras

su amiga dejaba escapar una lágrima que le cruzaba por la mejilla.

—Te toca a ti, Carmen, a ti te doy una copia de la llave de mi piso. Cuando te mudaste al pueblo, me dijiste que si lo necesitaba y no podía seguir pagando las facturas de mi casa, podía irme a la tuya el tiempo que quisiese. De momento estoy consiguiéndolo, así que he pensado en darte una copia de las llaves de mi piso, por si algún día necesitas ir a descansar un rato o hacer una parada con la peque y no te da tiempo de ir al pueblo. La mía está más cerca de tu trabajo y del centro, así que tuya es... —explicó mientras la joven sonreía emocionada.

—Olmo, esta caja es para ti. Es una chorrada, pero como siempre me dices que no puedes presumir de amigo escritor con tus amigos y familia americana, te he guardado en un pen varios de mis cuentos traducidos al inglés... No te va a servir de gran cosa, la verdad, porque lo suyo habría sido darte los libros, pero como no puedo pagarlos de momento, he pensado que al menos así dejarán de pensar que te lo inventas...

—Marisol, el tuyo es parecido. Aquel día que estuvimos cerca de una hora hablando por teléfono, mientras tú buscabas un sitio en el que comprar en Barcelona, me motivaste tanto y me sentí tan comprendido que escribí un cuento sobre la amistad y quiero que lo tengas tú —la joven se echó a reír y abrazó a su amigo.

—Este es para Mabel. Son tres cuadros feos que he pintado para tu piso nuevo. Yo creo que son horribles, pero como me dijiste que los dibujos de mi libro de poesía te habían gustado, he pensado que igual te apetezca ponerlos. Si no te gustan tíralos sin miedo, ¡que no me voy a ofender!

—Este es tuyo, Marta —dijo con la voz temblorosa mientras su amiga abría una cajita con una libretita pequeña en su interior—. Sé que es un poco raro... Si la abres, verás que dentro tienes una lista de dibujos que me gustaría que hicieses. Son ideas inspiradas en algunos de mis cuentos... Sé que disfrutas haciendo los dibujos que te propongo, y yo me lo paso pipa pensando ideas contigo. Son cuentos que se me ocurrieron una tarde que me llamaste desde Estados Unidos y

te conté que me sentía solo. Tú me dijiste que mientras tú estuvieses, jamás iba a estar solo, aunque nos separase un océano. Cuando te colgué, estaba tan a tope de energía que hice la lista de cuentos y los escribí del tirón.

—El último es tuyo, Loles. Es un álbum de fotos con una foto de cuando estuve en tu casa de Alicante. Quiero que lo llenes de fotos en tu nueva vida en Barcelona, y quiero que casi todas esas fotos sean conmigo, porque eres la principal causante de que yo siga intentando lograr mi sueño. Cada objetivo que consigues me da energía, me inspira y me motiva y no sé... —Jonás notó cómo la voz se le quebraba justo en el momento en que su amiga Loles se lanzaba a sus brazos.

Tras unos minutos en los que el grupo de amigos estaba emocionado, Jonás logró volver a hablar.

—Sé que no son grandes regalos, pero es lo que he podido conseguir este año... Os juro que en próximos años os regalaré cosas más bonitas, pero quería que tuvieseis algo que os hiciese sentir igual que me hacéis vosotros a mí. No encontraba nada material que me ayudase a haceros comprender lo importantes

que sois para mí: me queréis incluso cuando yo dejo de hacerlo, creéis en mí cuando no hay razones para hacerlo y me hacéis sentirme grande cuando me sentía pequeñito e invisible. Me dais cada día el mejor regalo que se puede hacer: me siento querido y acompañado aunque nos separen kilómetros. Hacéis que me sienta invencible, y eso no tiene precio. Sois mi familia, la familia que se elige...

Todos los amigos se levantaron, abrazándose emocionados, mientras otros comensales del restaurante los miraban pensando que uno de ellos estaba muriéndose y despidiéndose de los demás y por eso todos lloraban.

—¡Una ronda de cervezas por aquí, que nos estamos poniendo muy dramáticos! —gritó Chitín al camarero mientras todos estallaban en carcajadas.

El grupo de amigos continuó bebiendo y riendo, emocionados y agradecidos de poder compartir, una Navidad más, aquellos maravillosos momentos.

Y es que eso era la amistad: acompañar aunque la distancia exista, querer sin esperar nada a cambio, apoyar sin reservas,

volar juntos sin miedo y disfrutar de los momentos juntos como si fueran el último.

Tu felicidad será su honra

EL CUENTO DE LOS QUE NO ESTÁN PERO DEJARON SU RECUERDO

Cuando has perdido a alguien querido, la vida no vuelve a ser igual nunca. Desde que su madre se fue, cada día sentía un pellizco en el corazón y la echaba más de menos que el anterior. Cuando algo bueno le ocurría, seguía echando mano del teléfono para llamarla y contárselo y, acto seguido, notaba como el corazón se le resquebrajaba un poquito más al recordar que nadie contestaría su llamada. Cuando algo le preocupaba, siempre trataba de encontrar consuelo en ella y, ahora que no estaba, se imaginaba conversando con ella para tratar de averiguar qué le habría dicho. Su madre era su mayor apoyo, su mejor amiga y la persona que más lo conocía, así que perderla fue como si le arrancasen la mitad de su alma.

Si los días normales eran difíciles, las fechas señaladas eran una prueba de fuego. Cumpleaños, aniversarios o celebraciones familiares diversas se convertían en una tortura, pero ninguna era tan dura de soportar como la Navidad. A su madre le

encantaba: se disfrazaban, organizaban comidas con todos los miembros de la familia y amigos, disfrutaba comprando los regalos... Era su fecha favorita del año y, desde que ella se fue, la peor época para él.

Desde que había perdido a su madre, Jairo ya no era el mismo, y tenía la certeza de que nunca lo sería. Se sentía extraño, cada día costaba más que el anterior y la soledad le abrumaba tanto en ocasiones que creía que iba a perder la cabeza. Por supuesto, era solo una sensación, puesto que su familia y amigos no habían dejado de preocuparse por él en ningún momento.

Aquel día, cuando quedaba tan solo una semana para la Nochebuena, la pena le había dominado tanto que sintió la necesidad de salir de casa. Sin rumbo, comenzó a caminar desorientado por la ciudad, hasta llegar a un parque con un gran lago en el centro. Allí se sentó, bebiendo un café caliente mientras intentaba encontrar la manera de volver en sí y aplacar su pena hasta que ésta volviese a dominarlo. Una peculiar anciana caminó a duras penas hasta sentarse junto a él. Aunque

la presencia de la vieja le incomodaba, giró el rostro hacia el lado contrario y trató de ignorarla. La mujer abrió con una mano temblorosa un gran bolso marrón y sacó un paquete de pan duro que comenzó a trocear. Mientras lo hacía, varias palomas se acercaron y comenzaron a observarla inquieta.

—Ya, ya lo sé, querido. Sé que tú lo hacías de otra forma, pero nunca me pareció la forma correcta, ¿sabes? Así que yo voy a hacerlo como me parezca oportuno...

La mujer comenzó a lanzar los trozos de pan al suelo con dulzura, consiguiendo que las palomas se acercasen sin miedo y que muchas aves más se aproximasen.

—¿Sabes? —continuó la mujer—. Las palomas escogen entre el miedo y la curiosidad cuando les echas de comer. Eligen ser curiosas, en lugar de dejarse llevar por el miedo a que les haga daño, y se acercan para ver si las vas a dejar comer tranquilas. Si los humanos fuésemos capaces de hacer eso cuando nos confunden varios sentimiento... ¿No te parece?

Jairo, que creía que la mujer seguía hablando sola, no se percató de que se dirigía a él, por lo que no respondió.

—Ahora comienzo a entender que perdieras la paciencia, querido. No, no, yo no voy a pegarle, sabes que siempre detesté eso... Antes o después me hablará, ya verás.

La mujer comenzó a lanzar trozos de pan justo a los pies del joven que, incómodo, la miró molesto.

—Buenos días, mi nombre es Mar —dijo la mujer tendiendo una temblorosa mano al joven.

—Ho... Hola. Jairo—acertó a decir

—Te decía que si no te parece interesante que las palomas, sintiendo miedo y curiosidad a la vez, elijan que puede más su curiosidad que su miedo y que si los humanos hiciésemos lo mismo todo sería más fácil.

—Bueno, los humanos somos más difíciles, ¿no? —respondió Jairo, sin ser muy consciente de lo que decía.

—¡Anda! Mira, querido, el chico piensa como tú, que los humanos son complicados... —la mujer hablaba mirando al hueco que había entre ella y el joven, riéndose al mismo tiempo.

Jairo, desconcertado, preguntó con timidez:

—¿Con quién habla, señora?

—Con marido, por supuesto. No, tranquilo —explicó al ver la cara de sorpresa del chico—. No está aquí sentado, es una costumbre que tengo desde que se fue. Siempre estábamos juntos y hablábamos a todas horas, así que sigo haciendo lo mismo, aunque la espichase hace años.

Jaira, incómodo y a la vez divertido, trató de disimular una carcajada fingiendo un ataque de tos.

—¿Crees que estoy loca, verdad? Bueno, puede que lo esté, entre tú y yo. Pero, ¿sabes qué? No le hago daño a nadie: yo hablo con él, así lo recuerdo y sigo con mi vida al mismo tiempo. ¿No está tan mal, verdad?

—No, la verdad... Ojalá yo supiese hacer eso... —murmuró Jairo, compungido.

—¿Echas de menos a tu madre, verdad?

El joven miró a la mujer a los ojos, sorprendido por que la anciana supiese a quién había perdido.

—¿Cómo sabes que es a mi...?

—¿Cómo sé que has perdido a tu madre? —interrumpió, divertida—. Ay, ¡es evidente! Eres joven, pero no tanto como

para seguir teniendo abuelos. Evidentemente, con esa cara de lelo que tienes lo de tener pareja todavía te queda grande, y esa pena tan visceral solo se siente cuando pierdes a una madre.

El joven agachó la mirada y, sin poder evitarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas que contuvo a duras penas.

La mujer paró de echar de comer a las palomas y, tras limpiarse la mano en el regazo, tomó el mentón del joven con cariño y levantó su cabeza.

—Observa aquel árbol, muchacho. ¿Qué ves?

Jairo, tras tomarse un segundo, describió lo que sus ojos percibían:

—Pues un gran árbol junto a un lago, con un montón de hojas secas en el suelo.

—Exacto, hay muchas hojas secas. ¿Nunca has pensado en lo bonito de las hojas secas a los pies de un árbol?

El muchacho negó con la cabeza.

—Mientras viven, las hojas son parte del árbol. Gracias a ellas el árbol existe, le aportan belleza, vida y energía. Son un todo, y no pueden vivir separados. Pero llega un momento en

que el ciclo de cada hoja llega a su fin. Ahí se despiden del árbol, dejan que el otoño haga el resto y caen rendidas a sus pies. Pero las hojas, cuando ha llegado el momento de su partida, tienen un último regalo para el árbol... Abatidas, ellas pasan a otra vida, pero caen a sus pies para servir de alimento para sus raíces, y dejan un recuerdo en el árbol que nunca se perderá. El árbol que ves es así porque, en su día, las hojas estuvieron con él y, cuando llega su momento, ellas caen para que él pueda seguir viviendo. Eso es la vida, muchacho. Tu madre se fue, y es duro, terrible y descorazonador, pero también es bello. Ella te trajo al mundo, te dio alimento y creciste, como el árbol. Pero cuando ella se fue, tal y como haces las hojas, te hizo un último regalo: su recuerdo. Todo lo que ella te enseñó y lo que viviste junto a ella sigue aquí —explicó señalando el corazón del chico— y ahora es tu turno de seguir con su legado. Al igual que el árbol, debes seguir creciendo, haciéndote fuerte y viviendo tu propia vida. Por ti, pero en especial por ella que, como las hojas, estará siempre junto a ti, alimentando tu alma y consolando tu espíritu.

Las lágrimas que Jairo había tratado de retener brotaron de golpe, y el joven dejó salir esa pena que trataba de dominar desde hace meses cuando lo que tendría que haber hecho es abrazarla y dejar libre.

—Es tan difícil hacer lo que dice, señora...

—Oh, querido, ¡yo no he dicho que sea fácil! Pero que no sea fácil no significa que no sea lo mejor. Cuando el árbol pierde sus hojas cada otoño tiene que luchar para renacer en primavera... A ti te toca hacer lo mismo, es ley de vida.

—Pero la echo tanto de menos...

—¡Habla con ella! ¡Haz como yo, que no paro de discutir con el cascarrabias de mi marido! —explicó, divertida—. La muerte es terrible, pero alguien me dijo una vez algo que me ayudó a encontrar consuelo: tu felicidad será la honra de la persona que se fue. Si tú eres feliz, todo tendrá sentido. ¿O crees que tu madre, que tanto amaba la Navidad, estará contenta de verte con esa cara cada año?

—No, desde luego que no... A ella le encantaría vernos celebrarla como cada año, disfrazados y entre risas.

—Entonces hazlo. ¡Vive! ¡Esa es la mejor manera de hacer frente a la muerte! ¡Vivir sin límites!

Jairo giró su rostros de nuevo hacia el árbol, tratando de memorizar cada palabras que aquella extraña anciana le había dedicado. Cuando se giró para agradecerle a la mujer sus palabras, se encontró solo en el banco. En el lugar en el que la vieja había estado tan solo unos segundos antes, únicamente había un trozo de pan, que una paloma picoteaba con ansia y una pequeña postal con unas hojas dibujadas. Al girarla, Jairo encontró una breve dedicatoria:

"Tu felicidad será su honra. Con cariño, Mar"

Jairo apretó la postal contra su pecho, secó la última lágrima que había brotado de sus ojos, sonrió y comenzó a caminar de vuelta a casa dispuesto a vivir sin límites.

ONE
WAY

EL CUENTO DEL HERMANO QUE NO ENCONTRABA SU CAMINO - J. F. ACROLL

Hubo una vez una familia que decidió escoger un camino diferente... Cuando Elsa y Bert se enamoraron, decidieron que vivirían por y para cumplir sus sueños y los de los suyos. Renunciaron a los lujos, las posesiones y los aspectos materiales y apostaron por lo bello, lo que les hacía felices y lo que les dibujaba una sonrisa en la cara. Elsa y Bert buscaron una casita muy pequeña en el campo, en la que poco a poco la familia creció: llegaron Ilse, Elías y Ruth.

Desde que Ilse llegó al mundo, Elsa y Bert supieron que sería un alma libre. Conforme creía, se dieron cuenta de que no se identificaba con las cosas que le gustaban a los niños, pero tampoco con las que le gustaban a las niñas. Ilse era un soplo de viento, volaba libre y detestaba etiquetas, encorsetamientos y convencionalidades. Nadie le dijo cómo tenía que ser, nadie le inculcó un pensamiento u otro. Simplemente no encajaba en lo que la sociedad consideraba normal, pero Elsa y Bert, fieles a su

idea de ser felices y hacer a los suyos felices, decidieron respetar la voluntad de Ilse y aceptar su identidad.

La pequeña Ruth, por su parte, era todo bondad y amor hacia todo ser vivo que existiese. Adoraba a su hermane Ilse, a su padres y a su hermano Elías, pero en especial adoraba a cada animal, planta o elemento de la naturaleza que se cruzaba en su camino. Podía pasar horas admirando un musgo, días observando los pájaros y años escuchando el rumor del río. Ruth, a su vez, era salvaje, indómita, y guerrera.

Elías, en cambio, preocupaba a sus padres. Desde pequeño, era inquieto, curioso y creativo, pero su familia tenía la sensación de que no alcanzaba la felicidad. Elsa y Bert trataban por todos los medios de lograr que su hijo alcanzase la felicidad que el resto de miembros de la familia había logrado. Fomentaban su creatividad, alimentaban su curiosidad y trataban de acompañarlo en su múltiples inquietudes.

Cada año, para celebrar la Navidad, la familia pasaba el día haciendo lo que más le gustaba a uno de sus miembros: un año, pasaron el día paseando por el bosque, guiados por Ruth; otro,

Bert decidió organizar una fiesta de disfraces; Ilse, por su parte, eligió un año dedicar el día a crear obras de arte junto a su familia; mientras que Elsa organizó un día de lectura y cine algún que otro año. Por su parte, Elías, solía renunciar año tras año a escoger la actividad a realizar junto a su familia.

El joven, que no lograba encontrar cuál era su pasión, sufría ansiedad simplemente de pensar en que tenía que elegir qué hacer con los demás, cuando él era incapaz de llegar a sentir la pasión que el resto experimentaba. Esa sensación de sentir que nada le llenaba ni le hacía tan feliz como la naturaleza a Ruth, o la literatura y el cine a Elsa, provocaban una frustración y un sufrimiento continuo a Elías, llegando a convertirse en un auténtico tormento.

Un año, durante la tarde de Nochebuena, Ilse, preocupado por su hermano, aprovechó que el joven estaba solo, sentado junto a un árbol en el exterior de la casa, meditativo y confuso, para acercarse a él.

—Hola, enano. ¿Estás bien?

Elías se limitó a encogerse de hombros, sin levantar la mirada del suelo, mientras jugueteaba con un palo.

—Vale, eso quiere decir que no mucho... ¿Qué te preocupa?

—Nada en concreto, y todo a la vez... Me pasa que no soy feliz, Ilse. Os veo y me da rabia, porque soy incapaz de conseguir lo que habéis conseguido, soy incapaz de encontrar algo que me apasione, algo que haga que mis ojos brillen como te pasa a ti con el arte o a Ruth con la naturaleza. Veo a papá y a mamá sufrir por mí, y me hace sentirme mal. Han hecho todo por nosotros, y ahora llego yo y soy todo lo que ellos detestan.

—Enano, ¡no digas eso! ¡No eres todo lo que ellos detestan! Sencillamente, ¡no te has encontrado!

— ¿Y cómo hago para conseguirlo? —gritó desesperado Elías.

—Ay, enano, es que eso es lo más difícil de la vida. No puedo decirte cómo hacer para encontrarte, pero si te puedo decir lo que no debes hacer bajo ningún concepto.

Elías observó a Ilse ansioso, esperando que su hermane le diese la clave para comenzar a saber quién narices era:

—Deja de compararte...

—¿Cómo? ¿Eso qué quiere decir? —exclamó, irritado, el muchacho.

—Puede que Ruth haya encontrado su pasión, o que mamá, papá y yo también, ¿y qué? ¿Por no haberla encontrado eres peor? ¿Por no saber a tu edad quién eres y qué te hace feliz eres menos que nosotros? ¡Es una estupidez! Hay gente que pasa la vida buscándose y, cuando llega la muerte, se dan cuenta de que, sencillamente, no se han encontrado porque no encajan en lo que el mundo dice que es correcto. ¡Hay gente que no siente pasión por una cosa concreta porque siente pasión por cientos de cosas! ¿Y si tú eres de esos? ¿Y si no sientes pasión por el arte, los libros, la moda o la risa porque eres capaz de sentir pasión por todas y cada una de las cosas que te rodean? ¿Y si el problema es que intentas encontrar qué es lo que te hace feliz, pero lo que te hace feliz es probar cosas distintas? Somos miles de millones de personas en el mundo, ¡déjate llevar! ¿Y si hoy te gustan las mujeres, pero dentro de diez años descubres que también te gustan los hombres, o que no te

gusta nadie? ¡No pasa nada, Elías! No hay que ser como nos dicen, no tienes que tener una pasión que te embriague y por la que organizar el día de Navidad simplemente porque papá y mamá la tengan. ¡Quítate ese yugo! ¡Lánzate a la vida! Descubre, experimenta, prueba... ¡Vive! No hay solo un sendero correcto ¡Hay tantos caminos cómo tú quieras trazar!

Elías miraba a su hermane absorto. Siempre había sentido admiración por elle, puesto que le había parecido muy valiente no identificarse con lo que la sociedad le imponía y escoger ser libre y vivir su vida con la libertad que necesitaba. Ilse, dándose cuenta de que había ello mella en su hermano, le dio un cariñoso beso en la frente y se alejó para dejarlo reflexionar.

Aquella noche, mientras la familia celebraba la Nochebuena, Elías, que había permanecido callado, alzó la cabeza y dijo con voz temblorosa:

—Mañana quiero escoger yo la actividad de Navidad.

La familia, que durante años había intentado convencer al joven para que se encargase de llevar a cabo la tradición familiar, enmudeció. Bert, nervioso, acertó a hablar:

—Este año le tocaba a Ilse... Íbamos a...

—No pasa nada, papá. Me apetece hacer lo que Elías quiera, si a todos os parece bien —propuso, emocionado por su hermano.

El resto de la familia asintió. Ruth, ilusionada por celebrar, por primera vez, la Navidad ideada por su hermano, preguntó por la actividad a realizar.

—No haremos una cosa, ¡haremos cientos! Me apetece pintar, quiero que papá nos enseñe la receta de su tarta de Navidad, ver alguna peli con mamá y disfrazarnos de sus personajes, me apetece ir al río y hacer figuras de barro de los animales que nos enseñes, inventarnos un cuento entre todos y pintar un cuadro inspirado en él. Quiero escuchar algo de música y hacer una canción juntos, crear una mini obra de teatro e interpretarla entre todos, me apetece contar chistes hasta que nos duela la barriga y pasar la noche viendo las estrellas. Además, me gustaría...

Elías continuó relatando todas y cada una de las actividades que quería hacer y, por primera vez, Bert y Elsa pudieron ver un brillo especial en los ojos de su hijo.

La vida pasó y, año tras año, el joven Elías fue descubriendo nuevas pasiones, aficiones y actividades que le hacían feliz. Descubrió que viajar y descubrir nuevas culturas le dejaba calentito el corazón, que escribir historias le hacía volar, que actuar le resultaba tan divertido que se enamoraba de los personajes, que escribir canciones le ayudaba a dejar salir lo que tenía en su interior, que pasar tiempo con su familia y amigos y ayudarles a cumplir sus sueños le apasionaba y que ver a gente disfrutar era algo que le ensanchaba el alma. Con el tiempo, Elías descubrió que su pasión era la vida, tan cruel como hermosa, llena de matices, de lecturas y de viajes.

Cuando Elías creció, comenzó a pasar largas temporadas recorriendo el mundo, pero nunca olvidaba a su familia y, por ello, cuando no podía pasar la Navidad junto a ellos, les enviaba una postal que les recordaba lo feliz que era cuando estaban juntos. Aquel año, en el que echaba especialmente de

menos a Ilse, les envió una postal para recordar que, gracias a su hermane, descubrió que en la vida hay tantos caminos como tú quieras trazar.

Y es que, al final, hay gente que siente pasión por algo en concreto, pero otros, sentimos pasión por todo lo que nos hagan sentirnos libres.